

MARÍA EN EL CENTRO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

María en la Fe del Pueblo de Dios

En la comunidad de los creyentes, desde los Apóstoles, María es acogida como **Madre**. Jesús completa este momento en su Pascua, por las palabras en la cruz (cf. Jn 19,25-27) y por la presencia de la Virgen en el cenáculo de Pentecostés (cf. Hch 1,14) en el momento del nacimiento de la Iglesia. Sin embargo, María aparece junto a los discípulos desde los comienzos de la vida pública del Señor (recordemos las Bodas de Caná): **Jesús, desde el primer momento quiere que los suyos la tengan por verdadera Madre**.

Finalmente, el libro del Apocalipsis presenta a *la Mujer vestida del sol que es llevada al desierto* (cf. Ap. 12,6) dándonos a entender cómo María está cerca de sus hijos, especialmente en los momentos de dificultad y de desierto.

Esta maternidad de María no es algo “simbólico” o un “adorno bonito de la Fe” sino algo **sustancial** en el seguimiento de Jesucristo. Lo mismo que dio a luz al Salvador también la mediación de María “da a luz” a Cristo en la vida de los creyentes. Como María cuidó y educó a Jesús, también lo hace ahora con su nueva Familia. **María nos lleva a Jesús pero también Jesús nos lleva hacia su Madre**.

A través de los siglos la Iglesia mira a María como Alguien muy nuestro y es testigo de cómo Ella ejerce su maternidad de forma poderosa, ayudando a sus hijos en la peregrinación de la Fe.

Aprender de María

Jesús nos regala a su Madre para ser imitada más que admirada. Aunque es cierto que Ella recibió de Dios cuatro privilegios excepcionales (Inmaculada Concepción, Perpetua Virginitad, Divina Maternidad y su Asunción en cuerpo y alma) no por ello deja de ser profundamente humana. **Fijarnos sólo en los privilegios de nuestra Madre y en la grandeza que Dios la ha concedido puede llegar a distanciarnos de Ella**. Necesitamos “devolver” a María su preciosa humanidad para experimentar su cercanía y aprender de su vida a cómo ser discípulos de Jesús. Podemos dar algunos datos que nos ayuden a comprender esto:

-**María es una mujer**, es de carne y hueso. Vive en Nazaret, nacida en el seno de una familia judía y por tanto, heredera de la fe y las costumbres de un pueblo. Es **Alguien con “sabor a pueblo”**, integrada en la sociedad de la que se siente parte y a la vez **abierta a toda novedad que viene de Dios**.

-**Es esposa y madre; forma una Familia** y sabe de las dificultades que se presentan en el día a día para sacar a su Familia hacia adelante.

-**Peregrina de la Fe**. Así la llama el Concilio Vaticano II (cf. Lumen Gentium 58). Ella no sabe todo ni comprende todo. Necesita de la oración para entrar en la voluntad de Dios *guardando todas estas cosas en su corazón y meditándolas* (Lc 2,19). Necesita escuchar, necesita silencio interior para que el Espíritu la mantenga firme en la fe y leer “recto a través de los renglones torcidos de Dios”.

-**Su vida tiene forma de cruz**. No hay situación difícil y dolorosa que Ella no haya tenido que experimentar. María, como nadie, experimenta la soledad, el duelo, las carencias de todo tipo donde podemos mirarla y sentirnos comprendidos en los sentimientos de su Corazón. Dios la cambió de planes permanentemente.

-**Un amor puesto a prueba**. María es bella porque ama mucho, pero como todo amor no es el “amor de coser y cantar”, como si a Ella le diera igual no verse correspondida o no la afectara el mal ajeno. En la iconografía cristiana se suele representar su Corazón atravesado por una espada o coronado de espinas. Desde el comienzo de la vida de Jesús, el anciano Simeón la profetiza diciendo *a ti una espada te atravesará el alma* (Lc 2,35). María es el testimonio de un amor auténtico, madurado a través de las dificultades. Lejos de un amor superficial la Virgen representa el amor que crece y se desarrolla a lo largo de la vida haciéndose fuerte cuanto mayores son las pruebas.

-**Mujer del silencio**. La Santa Madre no es de muchas palabras porque Dios mismo la acostumbró al silencio con su propio SILENCIO. María no tuvo grandes revelaciones (más que en la Anunciación) ni muchas respuestas de parte de Dios. Ella tiene que aprender a confiar, esperar y ser paciente.

María es una llamada a la santidad

En Ella descubrimos lo que nuestro corazón desea y a lo que Dios nos llama: ser santos. Cuando entramos en la humanidad de María y vemos lo que el Señor es capaz de hacer en Ella, brota también el deseo en nuestro corazón de vivir como la Virgen vivió. Mirando a María se despiertan en nosotros los mejores deseos a la vez que descubrimos todo aquello que nos estorba en nuestro seguimiento de Cristo y necesitamos arrancar de nuestra vida. **La santidad de María no deslumbra sino todo lo contrario:** da luz a nuestro corazón para despertarnos de la “anestesia” en la que a veces estamos dormidos y ponernos en el camino recto hacia Dios. La **llamada a una santidad que se renueva cada día** está en el centro de la Nueva Evangelización.

Pero unido a esto somos conscientes también de nuestra inexperiencia, la debilidad y la falta de consistencia en nuestros compromisos. No podemos evitar la realidad del “pecado”, de nuestros miedos y cansancios. No somos héroes sino humanos. **Aquí entra María como Madre ofreciendo su ternura y el poder de su oración para sostenernos en la cruz.** Como Jesús, cuando tenemos que pasar por la prueba, contamos con dos regalos del Padre: la fortaleza del Espíritu Santo unido a la cercanía de la Santa Madre. Esto es una experiencia de dos mil años de historia, desde los Apóstoles hasta hoy: **acoger a María en los momentos de oscuridad es la garantía de la perseverancia y de afrontar nuestras pobreza y nuestra propia cruz con esperanza.** En el combate diario de la Fe no estamos solos: contamos con Ella y en Ella vencemos. Esto es algo que Jesús ha puesto en manos de María: ser consuelo en los momentos de fragilidad y ánimo para salir adelante.

Finalmente, el modelo de santidad que nos ofrece la Virgen es un modelo de vida en Dios desde la sencillez del día a día. Como hija, esposa, madre y discípula Ella nos enseña que nuestro crecimiento en el Espíritu no en “lo que se ve” sino **desde la intimidad del corazón.** Es en el interior donde se fragua la verdadera santidad que consiste en amar. **No es santo quien hace mucho y cosas grandes sino quien ama mucho.** Para ello hay que dejar que Dios nos trabaje por dentro para liberarnos de todo lo que nos conduce a elegir nuestro “yo” y ponernos al servicio enamorado del Señor y del prójimo. Nuestra Madre nos enseña que **podemos ser santos en lo corriente de cada día si dejamos que el Espíritu transforme poco a poco nuestro corazón para amar más.**

El secreto de María

Nuestra Madre nos da testimonio del valor de la **oración.** Ese es el secreto de María, el lugar donde Ella aprende a vivir la vida desde Dios y con Él. Como enseña el Evangelio Ella reza entrando en la habitación del corazón y desde el corazón se relaciona con el Señor y con los demás. Más todavía, **permanece en el corazón y no sale de Él;** no hay superficialidad ni se deja llevar o impresionar de todas las cosas que suceden fuera, buenas o malas. No es visceral ni impulsiva. Su secreto está en **PERMANECER DENTRO** de la morada interior y tenerlo como centro de operaciones.

Es esa oración la que hace a María **mujer contemplativa,** donde aprende a leer los acontecimientos desde la mirada de Dios y decir una palabra con la fuerza que sale de sus entrañas.

En el momento presente que vivimos esto es fundamental. Decía San Juan Pablo II que la crisis del mundo actual nace en una **falta de interioridad** (Homilía en el aeródromo de Cuatro Vientos, 3 de mayo del 2003). **Los discípulos de Jesús estamos llamados a hablar al corazón de nuestros hermanos y hablar también desde el corazón,** donde se realiza el encuentro profundo y vivo con el Señor Resucitado. Sin esto, nuestra vida y nuestra labor es como “intentar llenar un cubo de agua con un colador”: podemos hacer proyectos, crear planes, organizar muchas actividades, largas horas de reunión, dar vueltas y “marear la perdiz”: **sin oración no hacemos nada ni somos nada.**

En Jesús y en María descubrimos que el poder del Espíritu se despliega cuando cerramos la puerta a toda superficialidad y entramos en la habitación interior del corazón: allí es donde se madura y se fragua la santidad que después se irradia en el día a día.

Nuestra Madre nos enseña que esto no es aislamiento ni encerramiento en uno mismo sino **aprender a dialogar desde la verdad y la sinceridad** donde Dios nos dice quién es Él y donde nos descubrimos a nosotros mismo. Desde ahí somos enviados, no como charlatanes o rollistas de conceptos aprendidos, sino como auténticos **testigos del Amor de Dios,** que hemos saboreado en el espacio de la oración.